

Fiona Songel, *El arte de leer las calles. Walter Benjamin y la mirada del flâneur*, Valencia, Barlin Libros, 2021, 123 páginas, ISBN: 978-84-123319-2-9.

MIGUEL RODRÍGUEZ DE RIVERA HERRERA

Graduado en Historia y Masterando en Archivística

Universidad Carlos III de Madrid (Madrid, España)

miguel.rodriguezderiverah@gmail.com

ORCID: [0000-0002-3134-8152](https://orcid.org/0000-0002-3134-8152)

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/ciudades.26.2023.237-240>

El presente libro que nos disponemos a reseñar toma como objeto de estudio un producto de la ciudad burguesa, de sus dinámicas y sociología: la *flânerie*. A lo largo de sus páginas, podemos ver, como espacio de estudio, la evolución de la urbe decimonónica hasta la actual y al *flâneur* como objeto de análisis para entender los cambios sociales, culturales y urbanos de la Europa de los siglos XIX y XX a través de los textos de Walter Benjamin, filósofo que desarrolló teóricamente el arquetipo decimonónico planteado por Baudelaire.

En el prólogo, Anacleto Ferrer Mas, catedrático de Estética y Teoría de las Artes en el departamento de Filosofía de la Universitat de València, nos habla del lector como un *estar-en-el-mundo*, idea que perfectamente podemos relacionar con la expresión “perdersen en la ciudad” del filósofo Walter Benjamin. Ambas cuestiones se traducen y condensan en la *flânerie*: vagabundear por la ciudad analizando todo lo que se observa, escucha y siente; pero, a su vez, sin interactuar con la urbe. La ciudad es un escenario, un paisaje, que el *flâneur* estudia y vive desde sí mismo, a través de la ventana del yo. Es un paseante que lee la ciudad, sus cambios y continuidades, sus perspectivas y sus detalles. Todo ello, es lo que Fiona Songel, graduada en Filosofía por la universidad ya citada, desarrolla en los ocho capítulos que conforman este librito de poco más de 120 páginas y que nos disponemos a reseñar a continuación.

El *flâneur* es fruto de la ciudad moderna, de la gran ciudad decimonónica, industrial y burguesa. Así, ante el vacío y la deshumanización de la ciudad por parte de la modernidad, el *flâneur* “botaniza el asfalto” y estudia cada esqueje urbano. Con este origen fijado, Songel explica el origen etimológico de la palabra *flâneur*, así como la diferencia de éste con otros tipos urbanos como el dandi, el vagabundo, el simple paseante ocioso o el turista. Asimismo, ahonda en la idea del *flâneur* como lector de ciudades. Necesita de la multitud y de los edificios, de la ciudad, pues son las líneas que lee y estudia para, por lo general, ponerlo por

escrito. Es un periodista cuyas noticias son la nueva semiótica burguesa de la ciudad, un zoólogo de lo urbano.

Definido el *flâneur*, la autora continúa con una aproximación a la visión de Benjamin sobre este personaje y la ciudad, así como la relación entre este actor y su escenario. ¿Cuáles son estos escenarios para el filósofo alemán? Songel explica que esencialmente son dos: Berlín, ciudad natal de Benjamin, y París, ciudad de la *flânerie* por excelencia y caldo de cultivo de Baudelaire. Este escritor francés fue quien inspiró y motivó a Benjamin para ocuparse de la figura del *flâneur*. De esta forma, el segundo y tercer capítulo consisten en las reflexiones de Benjamin sobre Berlín y París, las diferencias entre ambas ciudades en el siglo XIX y la visión del *flâneur* en cada una de ellas. De gran inspiración, además del ya mentado Baudelaire, le resultaron las obras de Franz Hessel, Robert Walser y Siegfried Kracauer sobre Berlín, cuya visión también nos explica la autora. Así, en lo que a la *flânerie* se refiere, tenemos dos ciudades representadas para Benjamin por estos escritores: por un lado, París igual a Baudelaire y, por otro lado, Berlín igual a Hessel, Walser y Kracauer. Todo ello unido por la *flânerie*, el individualismo urbano y el vacío alienador.

Songel nos plantea qué es lo que diferencia al *flâneur* de un turista que busca monumentos por la ciudad. Responde volviendo a acercarnos a Benjamin, quien dice que el *flâneur* aprende a perderse por la ciudad, lo cual no significa desorientarse, sino todo lo contrario. Implica un conocimiento absoluto del entramado urbano por el que saber perderse, errar conscientemente, a lo que hay que añadir la mirada infantil, inocente, del *flâneur*. Este lee la ciudad como un niño que contempla su alrededor al pasear. No sabe datos ni nombres ni estilos arquitectónicos, simplemente erige la ciudad desde la imaginación, creando relaciones y símiles entre lo que observa y lo que siente. El *flâneur* empatiza de esta manera con la ciudad y la multitud, pues, al igual que un niño, pasea por la ciudad desde la empatía que nace de la inocencia del desconocimiento, del haber aprendido a perderse por la ciudad.

El *flâneur*, empático caminante solitario, se refugia o, más bien, es hijo del individualismo. La velocidad, el aislamiento y el anonimato que provocan las grandes ciudades decimonónicas son la atmósfera perfecta para que el *flâneur* observe sin ser visto, está entre la multitud estando solo. Así, Songel desarrolla esta visión sociológica de las urbes y la *flânerie* llegando a explicar que el *flâneur* es una especie de sociólogo o antropólogo que estudia la ciudad, sus habitantes y sinergias. Hace trabajo de campo, pero sin aproximarse al objeto de estudio. El *flâneur* –nos recuerda– analiza la ciudad desde sí mismo, sin interactuar con ella materialmente, la percibe desde el umbral. Concepto, por otro lado, que la autora comenta para cerrar el capítulo. En el siguiente, continúa hablando sobre otros escritores que llamaron la atención de Benjamin sobre este tema, especialmente Poe, Victor Hugo –cuyo punto de vista sobre la multitud y la *flânerie* compara con el de Baudelaire–, Zweig o Louis Aragon.

En el sexto capítulo, la autora analiza la relación del *flâneur* con la cultura a través de la fotografía y el cine, dos artes que han tomado frecuentemente a la ciudad y la modernidad urbana como fuente de inspiración, al igual que el *flâneur*. Para ello, Songel toma como ejemplo las fotografías de Eugène Atget, cuya obra interesó especialmente a Benjamin, pues retrató la vida cotidiana parisina –y la arquitectura– en peligro de extinción tras las reformas urbanísticas del barón Haussmann. Así, para Benjamin, Atget no solo creó el ideal de la *flânerie* con su cámara fotográfica, sino que logró plasmar el aura del objeto fotografiado eliminando la presencia humana, “liberando su aura”, convirtiéndose, de esta manera, en precursor del surrealismo. Siguiendo esta línea, la autora continúa este punto de su discurso hablándonos de la película *Berlín: Sinfonía de una gran ciudad* de Walter Ruttmann.

Finalmente, antes de llegar al capítulo de las conclusiones, Songel nos adentra en el debate sobre la existencia o no de la *flâneuse*, es decir, la forma femenina del *flâneur*. Los detractores de la existencia de la *flâneuse* lo hacen basándose en el contexto sociocultural en el que vivió la mujer decimonónica, el cual, por lo general, recluía a la mujer burguesa –cabe recordar que la *flânerie* fue un fenómeno burgués o de clases altas– al espacio privado. Por su parte, los defensores de la existencia de la *flâneuse* o bien proponen ajustar la figura de la mujer al concepto o directamente redefinir la *flânerie* en sí. De esta forma, la autora nos dice que el *flâneur* “ha de ser invisible” y la mujer –aunque injustamente, señala Songel– no pasa desapercibida en el espacio público, pues el ojo del hombre la hace forzosamente visible.

Para ejemplificar esto último, vuelve a acudir a los escritos de Benjamin sobre Baudelaire y la visión que tenía el poeta francés sobre la mujer que pasea sola, la cual podría ser una mera paseante o una prostituta. Aun así, la autora nos dice que, si bien sería un error asociar a toda mujer que paseaba por la ciudad con una *flâneuse*, propone revisar el concepto para actualizarlo a la ciudad contemporánea. Si el *flâneur* murió con la ciudad decimonónica, el ritmo actual de la vida urbana, así como sus nuevos y abiertos espacios, podrían ser para la mujer el campo de cultivo para reivindicar a la *flâneuse*.

El libro concluye con el capítulo «Final del paseo», por el que Songel reflexiona brevemente sobre la vigencia o no del *flâneur* a partir del estudio y la definición que hace Benjamin de este arquetipo. La autora plantea que el concepto de *flâneur* ha sufrido varias transformaciones para intentar adaptarlo a la ciudad contemporánea e, intentando prolongar su existencia, se ha terminado desvirtuando. Ahora bien, Songel nos recuerda que algunas de las razones que llevaron al surgimiento de la *flânerie* siguen existiendo. Por ejemplo, si una de las principales motivaciones es conocer la ciudad antes de que cambiara de nuevo, hoy en día, cuando las transformaciones urbanas han tomado un ritmo acelerado, sería una razón que justificaría la existencia de este arquetipo decimonónico. De hecho, sería este ritmo acelerado de la ciudad actual el que, si no ha extinguido

al *flâneur*, desde luego lo ha aislado y marginado hasta convertirlo en una figura subversiva. Frente a la hiperactividad urbana de nuestros días, su homogeneización y consumismo exacerbado, el *flâneur* se habría convertido en un privilegiado que se puede permitir eludir las dinámicas sociales de las ciudades, no participando de su consumo y ritmo ni dejándose consumir ni arrastrar por el frenesí urbano actual.

En definitiva, la obra de Songel es un interesante librito en el que se analiza la figura del *flâneur* enmarcada en la ciudad, sus cambios y valores socioculturales. Para ello, hace un estudio interdisciplinar en el que acude a la filosofía, la literatura, la historia del urbanismo y la sociología. De esta manera, la autora aborda este famoso arquetipo más allá de la literatura. Al igual que hicieron Baudelaire y, sobre todo, Benjamin, Songel busca la *flânerie* real, la practicada fundamentalmente en el París de finales del XIX y principios del XX, apoyándose, entre otros, en los textos de Walter Benjamin para, así, enseñarnos cómo estos “personajes” vivieron las ciudades y supieron cómo “leer” las calles.